

## EL PISTOLERO

Stephen King

### CAPÍTULO I

#### EL PISTOLERO

##### UNO

El hombre de negro huía a través del desierto, y el pistolero iba en pos de él. El desierto era inmenso, la apoteosis de todos los desiertos, y se extendía bajo el firmamento en todas direcciones, como una eternidad. Blanco, cegador, reseco, desprovisto de cualquier rasgo distintivo salvo por la tenue silueta brumosa de las montañas recortadas en el horizonte y por la hierba del diablo, que producía dulces sueños, pesadillas y muerte. Alguna que otra lápida señalaba el camino, pues el borroso sendero que serpenteaba sobre la gruesa corteza alcalina otrora había sido una carretera. Por allí habían pasado diligencias y bigas. Desde entonces, el mundo se había movido. El mundo se había vaciado.

Al pistolero lo había asaltado un vértigo momentáneo, una sensación de vahído que hizo que el mundo entero fuera algo efímero, un objeto que casi se podía atravesar con la mirada. La sensación se desvaneció y, al igual que el mundo sobre cuyo pellejo caminaba, también él se movió. Atravesó los kilómetros impasiblemente, sin apresurarse ni entretenerse. De su cintura pendía un odre de cuero, como una salchicha inflada. Estaba casi lleno de agua. En el transcurso de muchos años había ido avanzando en el khaf hasta alcanzar quizá el quinto nivel. Si hubiera sido un santo varón de los manni ni siquiera habría estado sediento; habría podido observar la deshidratación de su cuerpo con un

desapegado interés clínico, enviando el agua a sus resquicios y oscuros huecos internos solo cuando su lógica se lo indicara. Sin embargo no era un manni, ni un discípulo del Jesús Hombre, y de ninguna manera se consideraba santo. En otras palabras, no era más que un simple viajero, y todo lo que podía decir con absoluta certeza era que estaba sediento. Y aun así, no tenía el anhelo especial de beber. De una manera vaga, todo aquello lo complacía. Era lo que la tierra necesitaba, era una tierra sedienta, y en su larga vida él no había hecho más que adaptarse.

Por debajo del odre de agua se hallaban las pistolas, cuyo peso se adaptaba a su mano con toda precisión. Al heredarlas les había agregado una placa porque su padre había sido menos robusto y no tan alto como él. Las dos correas se cruzaban sobre su bajo

vientre. Las fundas estaban tan bien engrasadas que ni siquiera aquel sol de justicia podría agrietarlas. Las culatas de los revólveres eran de sándalo, amarillas y de finísima textura. Las fundas iban sujetas a los muslos mediante cordones de cuero sin curtir, y oscilaban un poco con cada paso; habían rozado los tejanos (y adelgazado la tela) en un par de arcos que casi parecían sonrisas. Las vainas de latón de los cartuchos embutidos en las cananas centelleaban y emitían destellos como un heliógrafo bajo el sol. Ahora había menos de ellas. El cuero crujía levemente.

Su camisa, incolora como la lluvia o el polvo, era de cuello abierto, con una tirilla de cuero enlazada con holgura en los ojales perforados a mano. Su sombrero había desaparecido, al igual que el cuerno que alguna vez llevara con él; aquel cuerno había desaparecido años atrás, lo había dejado caer la mano de un amigo moribundo, y los extrañaba a ambos.

Superó la suave pendiente de una duna (aunque allí no había arena; el suelo del desierto era compacto, e incluso

los duros vendavales que soplaban al caer la noche levantaban apenas una irritante polvareda, tan áspera como el polvo de fregar) y vio los pisoteados restos de una minúscula fogata en la vertiente umbría, allí donde el sol desaparecía primero. Aquellos pequeños signos, que reafirmaban la posible humanidad del hombre de negro, siempre le habían complacido. Sus labios se extendieron sobre los marcados y descamados restos de la cara, formando una sonrisa desagradable y dolorosa. Se puso en cuclillas.

Había prendido la hierba del diablo, naturalmente. Era la única cosa que podía arder por aquellos parajes. Emitía una luz grasienta y mortecina, y se consumía lentamente. Los moradores de los confines le habían advertido que los diablos vivían incluso en las llamas; aquellos, aunque utilizaban la hierba como combustible, evitaban mirar su luz. Decían que los diablos hipnotizaban y hacían señas, y finalmente atraían al que fijara su vista en la hoguera. Y el siguiente hombre que fuera lo bastante incauto como para mirar el fuego tal vez pudiera verte a ti.

La hierba quemada estaba dispuesta en el ya familiar diseño ideográfico, y se deshizo en una gris carencia de significado bajo la mano del pistolero. Entre las cenizas no había nada más que un fragmento de tocino chamuscado, y lo ingirió con aire pensativo. Siempre era lo mismo. El pistolero llevaba ya dos meses persiguiendo al hombre de negro a través del desierto, a través de aquella interminable desolación de purgatorio, monótona hasta la locura, y aún no había hallado más que los higiénicos y estériles ideogramas de las fogatas del hombre de negro. No había encontrado siquiera una lata, una botella o un odre de agua (el pistolero ya había dejado cuatro tras de sí, que parecían mudas de serpiente). No había encontrado excrementos. Suponía que el hombre de negro los enterraba.

Puede que las fogatas sean un mensaje, escrito en Letras Mayores. No te acerques, compañero. O bien El fin se aproxima. O quizá incluso Ven y atrápame. No le importaba lo que decían o dejaban de decir. No comprendía los mensajes, si de eso se trataban. Lo que le importaba era que aquellas cenizas estaban tan frías como todas las demás. Sabía que estaba más cerca, pero ignoraba por qué lo sabía. Una especie de hechizo, quizá. Tampoco eso le importaba. Continuaría avanzando hasta que algo

cambiara, y si nada lo hacía, él continuaría de todas formas. Habrá agua si Dios quiere, como decían los antiguos. Habrá agua si Dios quiere, incluso en el desierto. El pistolero se puso en pie y se frotó las manos.

Ninguna otra pista; el viento, cortante como una cuchilla, habría borrado sin duda las escasas huellas que hubieran podido quedar en la dura corteza. No había ni un signo de dónde podían estar enterrados los desechos o los excrementos. Nada. Solamente aquellas cenizas frías a lo largo de la antigua carretera que se dirigía al sudeste y el implacable telémetro que llevaba en la cabeza. Aunque por supuesto era algo más que eso; la atracción que ejercía el sudeste era más que un simple sentido de la orientación, incluso más que el magnetismo.

Tomó asiento y se permitió un breve sorbo del odre. Pensó en el rápido vértigo que había experimentado por la mañana, esa sensación de haber sido casi arrancado del mundo, y se preguntó qué significaría. ¿Por qué ese mareo le había hecho pensar en el cuerno y en el último de sus viejos amigos, ambos perdidos hacía ya tanto tiempo en la Colina de Jericó? Todavía conservaba las pistolas —las pistolas de su padre—, y seguramente eran más importantes que los cuernos... incluso que los amigos.

¿Lo eran?

La pregunta era extrañamente preocupante, pero como no parecía haber más respuesta que la obvia la hizo a un lado, tal vez para reconsiderarla más tarde. Escrutó el desierto y alzó la vista hacia el sol, que se deslizaba ya por el cuadrante más remoto del cielo el cual, alarmantemente, no era el verdadero oeste. Se incorporó, sacó los guantes, que llevaba sujetos bajo el cinturón, y comenzó a arrancar manojos de hierba del diablo para su propia hoguera y a depositarlos sobre las cenizas que había dejado el hombre de negro. Esta ironía, como el romanticismo que hallaba en la sed, le resultó amargamente atractiva.

No utilizó el eslabón y el pedernal hasta que lo único que quedaba del día fue el fugitivo calor del suelo bajo sus pies y una sardónica línea naranja sobre el monocromo horizonte. Se sentó con la artilla desplegada sobre los muslos, observando pacientemente hacia el sudeste, en dirección a las montañas, no porque albergara la esperanza de divisar la línea de humo, fina y vertical, de una nueva fogata, sino sencillamente porque observar formaba parte de la persecución, algo que poseía cierta amarga satisfacción. «No encontrarás algo si no lo buscas, gusano —habría dicho Cort—. Mantén abiertos esos ojos que los dioses te han dado, ¿quieres?»

Pero no vio nada. Estaba cerca, aunque solo relativamente; no tanto como para distinguir el humo en el crepúsculo o el parpadeo naranja de la fogata.

Frotó el eslabón en el pedernal e hizo saltar chispas sobre la hierba seca y desmenuzada, mientras murmuraba las viejas y poderosas palabras sin sentido: «La oscuridad enciende, ¿quién es mi padre? ¿Me tenderé? ¿Me quedaré? Bendice el campamento, haz que el fuego brille». Era extraña la manera en que ciertas palabras y costumbres de la infancia caían al borde del camino y se dejaban atrás, en

tanto que otras se mantenían firmes y te acompañaban durante toda la vida, tornándose más pesadas a medida que pasaba el tiempo.

Se tendió contra el viento, dejando que el ensoñador humo soplara hacia el erial. El

viento, salvo por algún movedizo diablo de polvo, permanecía constante. En lo alto, las estrellas, también constantes, no parpadeaban. Soles y mundos a millones. Vertiginosas constelaciones, fuego helado en todos los tonos primarios. Mientras miraba, el cielo cambió de violeta a ébano. Un meteorito trazó un arco fugaz y espectacular por debajo de la Vieja Madre, y se desvaneció. El fuego dibujaba extrañas sombras a medida que la hierba del diablo iba ardiendo lentamente y se asentaba en nuevos diseños; no ideogramas, sino entramados aleatorios vagamente amenazadores por su propio aplomo pragmático. El pistolero había dispuesto el combustible no de forma intencionada, sino funcional. Le hablaba de blancos y negros. Le hablaba de un hombre que podía componer malas imágenes en extraños cuartos de hotel. La fogata ardía con llamas lentas y constantes, y en su núcleo incandescente danzaban espectros. El pistolero no lo veía. Los dos diseños, arte y habilidad, se fundieron mientras dormía. Gimió la ventisca, una bruja con cáncer en la barriga. De vez en cuando, una perversa corriente descendente hacía que el humo se arremolinara y flotara hacia él, y esporádicas vaharadas llegaban a tocarlo. Estas le producían sueños, del mismo modo en que un pequeño cuerpo extraño es capaz de producir una perla en una ostra. De vez en cuando el pistolero gemía con el viento. Las estrellas permanecían tan indiferentes a esto como lo eran a guerras, crucifixiones y resurrecciones. También eso lo habría complacido.

DOS

Había bajado por la ladera de la última estribación llevando del ronzal a su mula, cuyos ojos estaban ya muertos y abombados a causa del calor. Hacía ya tres semanas que había cruzado la última población y desde entonces solo había visto la desierta ruta de las diligencias y algún que otro grupo de casuchas de tepe arracimadas, donde habitaban los moradores de los confines. Los grupos de viviendas iban degenerando en chozas aisladas, ocupadas la mayoría por locos o leprosos. El pistolero descubrió que prefería la compañía de los locos. Uno de ellos le había entregado una brújula Silva de acero inoxidable, rogándole que se la diera a Jesús Hombre. El pistolero la aceptó solemnemente. Si alguna vez lo veía, le cedería la brújula. No creía que algo así fuera a ocurrir, pero todo era posible. En una ocasión había visto un taheen —un hombre con cabeza de cuervo—, pero la cosa había huido soltando unos graznidos que podrían haber sido palabras. Que incluso podrían haber sido maldiciones.

Cinco días habían transcurrido desde la última choza, y ya empezaba a sospechar que no encontraría ninguna otra cuando llegó a la cima de la última loma erosionada y divisó la forma familiar de un bajo techo de tepe.

El morador, un hombre de sorprendente juventud con una desgreñada mata de pelo de color fresa que le llegaba casi a la cintura, estaba desherbando una diminuta parcela de maíz con celoso abandono. La mula resolló asmáticamente y el morador alzó la vista, centrando al instante los brillantes ojos azules en la figura del pistolero. El morador no parecía estar armado, sin arcos ni bas a la vista del pistolero. Levantó ambas manos en un brusco saludo y se inclinó de nuevo sobre el maíz para formar un caballón en la hilera más cercana a su choza, encorvado, arrojando por encima del hombro la hierba del diablo y alguna que otra planta de maíz atrofiada. Su cabellera ondulaba y flotaba al

viento, que en aquellos momentos provenía directamente del desierto, sin que nada lo contuviera.

El pistolero descendió poco a poco por la ladera guiando a la mula, sobre la que se bamboleaban los odres de agua con un ruido de chapoteo. Se detuvo al borde de la pedregosa parcela, tomó un sorbo de uno de los odres, para aumentar la salivación, y escupió al árido suelo.

—Vida para su cosecha.

—Vida para la suya —respondió el morador, incorporándose. Se oyó cómo le crujía la espalda. Estudió al pistolero sin ningún temor. La poca cara visible entre la barba y los cabellos no parecía estar marcada por la putrefacción y sus ojos, aunque un tanto salvajes, parecían cuerdos—. Largos días y gratas noches, forastero.

—Y que veas el doble.

—Improbable —respondió el morador, soltando una breve risita—. Solo tengo maíz y judías —anunció—. El maíz es gratis, pero tendrá que darme algo por las judías. Un hombre viene a traérmelas de vez en cuando. Nunca se queda mucho tiempo. —El morador profirió una breve risa—. Tiene miedo a los espíritus. También teme al hombre pájaro.

—Lo he visto. Al hombre pájaro, quiero decir. Huyó de mí.

—Ea, ha perdido su camino. Afirma estar buscando un lugar llamado Algul Siento, solo que a veces lo llama Cielo Azul o Celo Azul, no puedo asegurarlo. ¿Habéis escuchado nombrarlo?

El pistolero negó con la cabeza.

—Bien, no muerde ni espera, así que pueden jodérselo —dijo.

—¿Vos estáis vivo o muerto?

—Vivo —respondió el pistolero—. Usted habla como los manni.

—Estuve un tiempo con ellos, pero aquella vida no era para mí, demasiado raros, eran, siempre buscando los agujeros del mundo.

Eso es cierto, reflexionó el pistolero. Los manni eran grandes viajeros.

Se miraron en silencio durante unos instantes; luego el morador extendió la mano.

—Me llamo Brown.

El pistolero se la estrechó y le dijo su nombre. Mientras lo hacía, un cuervo descarnado graznó desde el aplastado techo de tepe. El morador lo señaló con un gesto fugaz.

—Ese es Zoltan.

Al escuchar su nombre el cuervo volvió a graznar y alzó el vuelo hacia Brown. Se posó en la cabeza del morador y se aseguró, hundiendo firmemente las garras en la enredada mata de pelo.

—Que te jodan —graznó jovialmente Zoltan—. Que te jodan a ti y al caballo en que viniste.

El pistolero asintió amistosamente.

—Judías, judías, la fruta musical —recitó el cuervo, inspirado—. Cuantas más comes, más resuenas.

—¿Le enseña usted eso?

—Me parece que es lo único que le interesa aprender —explicó Brown—. Una vez traté

de enseñarle el padrenuestro. —Sus ojos se desviaron por un instante más allá de la choza, hacia el yermo áspero y sin relieve—. Supongo que este no es un país para padrenuestrós. Sois un pistolero, ¿verdad?

—Sí. —Se acuclilló y sacó papel y tabaco. Zoltan se lanzó desde la cabeza de Brown y se posó, aleteando, en el hombro del pistolero.

—Creía que los de vuestra clase ya no existían.

—Entonces debería cambiar de idea, ¿no?

—¿Venís de Mundo Interior?

—Eso fue hace mucho —dijo el pistolero.

—¿Queda algo allí?

A esto el pistolero no respondió, pero su cara dejó entrever que convenía cambiar de tema.

—Vais detrás del otro, supongo...

—Sí. —A continuación formuló la inevitable pregunta—: ¿Cuánto hace que ha pasado por aquí?

Brown se encogió de hombros.

—No lo sé. Aquí el tiempo es extraño. Las distancias y las direcciones también. Más de dos semanas. Menos de dos meses. El hombre de las judías ha venido dos veces desde que lo vi. Diría que unas seis semanas. Es muy probable que me equivoque.

—Cuantas más comes, más resuenas —dijo Zoltan.

—¿Se detuvo aquí?

Brown asintió.

—Se quedó a cenar, igual que hará usted, supongo. Pasamos el rato.

El pistolero se puso en pie y el ave revoloteó de vuelta al techo dando graznidos. Sentía un anhelo peculiar y tembloroso.

—¿De qué habló?

Brown enarcó una ceja.

—No dijo gran cosa. Que si llovía alguna vez, que cuándo llegué aquí, que si había enterrado a mi esposa. Preguntó si ella era del pueblo manni y le dije que sí, ea, porque parecía saberlo de antemano. Yo llevé el peso de la conversación, y no es lo corriente.

—Hubo una pausa, y el único sonido fue el de la ventolera—. Es un hechicero, ¿verdad?

—Entre otras cosas.

Brown asintió lentamente.

—Lo sabía. Sacó un conejo de la manga, destripado y listo para la olla. ¿Y usted lo es?

—¿Un hechicero? —rió—. Yo solo soy un hombre.

—Nunca lo atraparé.

—Lo atraparé.

Se miraron el uno al otro y se estableció una súbita corriente de simpatía entre los dos hombres, el morador en su parcela reseca y polvorienta, el pistolero en la dura ladera que descendía gradualmente hacia el desierto. Este último alargó la mano para coger el pedernal.

—Tenga. —Brown sacó una cerilla con cabeza de azufre y la encendió frotándola con una uña sucia de tierra. El pistolero acercó la punta del pitillo a la llamita y aspiró.

—Gracias.

—Querrá usted rellenar los pellejos —apuntó el morador, dándose la vuelta—. La fuente está bajo el alero de atrás. Empezaré a hacer la cena.

El pistolero avanzó cautelosamente entre las hileras de maíz y rodeó la parte de atrás de la vivienda. La fuente manaba al fondo de un pozo excavado a mano y revestido de piedras para impedir que se desmoronaran las paredes de tierra. Mientras descendía por la destartalada escalera, el pistolero calculó que aquellas piedras fácilmente podían representar dos años de trabajo: acarrearlas, arrastrarlas, colocarlas. El agua era clara pero fluía lentamente, y tardó un buen rato en llenar todos los odres. Mientras subía el segundo odre, Zoltan se detuvo en el borde del pozo.

—Que te jodan a ti y al caballo en que viniste —comentó.

Sobresaltado, el pistolero alzó la vista. El pozo tenía unos cinco metros de profundidad: a Brown le resultaría muy fácil arrojarle una piedra, romperle la cabeza y robarle todo lo que poseía. Solo un chiflado o un podrido no lo harían;

Brown no era ninguna de las dos cosas. Sin embargo, Brown le gustaba, de modo que desechó la idea y juntó el resto del agua que Dios había enviado. Lo que Dios quisiera era asunto del ka, no suyo.

Cuando cruzó el umbral de la choza y descendió los escalones (la cabaña en sí quedaba bajo el nivel del suelo, a fin de retener y aprovechar el frescor de las noches), Brown estaba removiendo unas mazorcas de maíz sobre las ascuas del pequeño fuego con ayuda de una espátula de madera dura. Había dispuesto dos platos descascarillados en los extremos opuestos de una manta pardusca. El agua para las judías comenzaba a hervir en un caldero suspendido sobre el fuego.

—Le pagaré también el agua.

Brown no levantó la cabeza.

—El agua es un regalo de Dios, como supongo que sabréis. Las judías las trae Pappa Doc.

El pistolero emitió un gruñido que era una risa, se sentó con la espalda apoyada en una pared áspera, cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos. Al cabo de un rato le llegó hasta la nariz el olor a maíz tostado. Hubo un golpeteo como de guijarros cuando Brown vació un cucurucho de judías secas en el caldero. Un «tak-tak-tak» esporádico cuando Zoltan se paseaba inquieto por el techo. Estaba cansado; desde el horror que había ocurrido en Tull, la última aldea, venía haciendo jornadas de dieciséis y hasta dieciocho horas. Y los últimos doce días había ido andando; la mula estaba al límite de sus fuerzas, viviendo solo por costumbre. Una vez conoció a un muchacho llamado Sheemie que tenía una mula. Sheemie ya no existía; ahora ninguno de ellos existía y solo quedaban dos: él y el hombre de negro. Había oído el rumor de otras tierras después de esta, tierras verdes en un lugar llamado Mundo Medio, pero era difícil de creer.

Aquí mismo, las tierras verdes parecían la fantasía de un niño.

«Tak-tak-tak.»

Dos semanas, le había dicho Brown, o quizá tantas como seis. No importaba. En Tull

había calendarios, y la gente se acordaba del hombre de negro por el viejo que había curado al pasar. Tan solo un viejo moribundo por culpa de la hierba. Un viejo de treinta y cinco años. Y, si Brown estaba en lo cierto, el hombre de negro había perdido terreno desde entonces. Pero a partir de ahí empezaba el desierto. Y el desierto sería un infierno.

«Tak-tak-tak...»

Préstame tus alas, pájaro. Las desplegaré y planearé sobre las corrientes térmicas.

Se dispuso a dormir.

TRES

Brown lo despertó cinco horas más tarde. Había oscurecido. La única luz era el apagado resplandor cereza de las brasas amontonadas.

—Se ha muerto la mula —dijo Brown—. Ruego me disculpe. La cena está lista.

—¿Cómo?

Brown se encogió de hombros.

—Tostada en las brasas y hervida, ¿cómo si no? ¿Tiene manías?

—No, la mula.

—Se ha tendido de lado y ya está. Parecía una mula vieja. —Y, con una nota de disculpa, añadió—: Zoltan se ha comido los ojos.

—Oh. —Como si no le sorprendiera—. Está bien.

Cuando se acomodaron ante la manta que hacía las veces de mesa, Brown volvió a sorprenderle al pronunciar una breve bendición: lluvia, salud, expansión para el espíritu.

—¿Cree en una vida futura? —preguntó el pistolero mientras Brown dejaba en su plato tres mazorcas de maíz calientes.

Brown asintió:

—Creo que es esta.

CUATRO

Las judías eran como balas y el maíz estaba duro. En el exterior, el viento silbaba y gemía incesantemente en torno a los aleros del techo, casi al nivel del suelo. El pistolero comió con ansia, deprisa, y bebió cuatro tazas de agua con la comida. Antes de terminar sonó un tableteo de ametralladora en la puerta. Brown se levantó y dejó entrar a Zoltan. El ave cruzó volando la habitación y se acurrucó pesarosamente en la esquina y masculló:

—Fruta musical.

—¿Alguna vez pensó en comérselo? —preguntó el pistolero.

El morador rió.

—Animal que habla no es tierno —dijo—. Pájaros, bilibrambos, judías humanas. Demasiado duros para comer.

Después de cenar, el pistolero ofreció su tabaco. Brown, el morador, lo aceptó ávidamente.

Ahora, pensó el pistolero. Ahora vendrán las preguntas.

Pero Brown no le preguntó nada. Se limitó a fumar el tabaco que tantos años antes había crecido en Garlan y a contemplar las moribundas ascuas del hogar. Dentro de la choza, la temperatura había descendido de manera perceptible.

—No nos dejes caer en la tentación —dijo de pronto Zoltan, apocalípticamente.



El pistolero se sobresaltó como si le hubieran disparado. De repente se sintió seguro de que todo aquello era una ilusión, de que el hombre de negro había urdido un ensalmo y estaba intentando decirle algo de una manera enloquecedoramente simbólica y oscura.

—¿Ha pasado por Tull? —inquirió de pronto.

Brown asintió.

—Cuando vine hacia aquí, y otra vez antes para vender maíz y beber un vaso de whisky. Ese año había llovido. Duró quizá unos quince minutos. Pareció como si la tierra se abriera para sorber el agua. Al cabo de una hora estaba tan blanca y reseca como siempre. Pero el maíz... Dios, el maíz. Se lo veía crecer. Pero eso no era lo malo; también se lo oía, como si la lluvia le hubiera dado una boca. No era un sonido agradable. Daba la impresión de suspirar y quejarse al salir hacia la superficie. —Hizo una pausa—. Tenía de sobras, así que me lo llevé y lo vendí. Pappa Doc se ofreció a venderlo por mí, pero me habría estafado. Fui yo.

—¿No le gusta el pueblo?

—No.

—Estuvieron a punto de matarme —dijo el pistolero.

—¿Ah, sí?

—De eso doy fe con mi sello. Y maté a un hombre que había sido tocado por Dios —explicó—. Pero no había sido Dios sino el hombre que sacó el conejo de la manga. El hombre de negro.

—Le tendió una trampa.

—Dice verdad, digo gracias.

Se contemplaron a través de las sombras, y el instante adquirió matices de irrevocabilidad.

Ahora vendrán las preguntas.

Pero Brown, al parecer, no tenía nada que decir. Su cigarrillo era una colilla humeante pero, cuando el pistolero dio unos golpecitos sobre su petaca, Brown movió la cabeza.

Zoltan se agitó con inquietud, pareció estar a punto de hablar, se quedó inmóvil.

—¿Puedo contárselo? —preguntó el pistolero—. No soy un gran conversador, pero...

—A veces el hablar ayuda. Escucharé.

El pistolero buscó palabras para empezar y no halló ninguna.

—Tengo que hacer correr agua —anunció.

Brown asintió.

—Que corra sobre el maíz, por favor.

—Claro.

Subió los escalones y salió a la oscuridad. Las estrellas refulgían sobre su cabeza. El viento soplaba. La orina se arqueó sobre el polvoriento maizal en un tembloroso chorro. El hombre de negro lo había enviado allí. Quizá incluso Brown fuera el mismo hombre de negro. Quizá fuera...

El pistolero desechó estos pensamientos. La única contingencia que no había aprendido a afrontar era la posibilidad de su propia locura. Regresó al interior.

—¿Ha decidido ya si soy un encantamiento o no? —inquirió Brown, divertido.

El pistolero se detuvo en el minúsculo rellano, sobresaltado. Luego bajó pausadamente

y se sentó.

—La idea había pasado por mi mente. ¿Lo es?

—En el caso de serlo, no lo sé.

Aquella respuesta no ayudaba demasiado, pero el pistolero decidió dejarla pasar.

—Había empezado a hablarle de Tull.

—¿Ha crecido?

—Ha muerto —replicó el pistolero—. Yo lo maté. —Estuvo a punto de añadir: Y ahora voy a matarlo, por la única razón de no tener que dormir con un ojo abierto. Pero ¿había llegado a semejante extremo de comportamiento? Y si lo había hecho, ¿por qué preocuparse? ¿Por qué, si se había convertido en lo que deseaba?

—No quiero nada de vos, pistolero —dijo Brown—, excepto seguir estando aquí una vez que se haya marchado. No voy a implorar por mi vida, pero eso no significa que no pretenda continuar durante bastante tiempo más.

El pistolero cerró los ojos. La cabeza le daba vueltas.

—Dígame qué es usted —exigió con la voz ronca.

—Simplemente un hombre. Uno que no le hará daño. Y todavía deseo escucharlo si aún desea hablar.

A esto el pistolero no respondió.

—Supongo que no se sentirá a gusto hasta que yo se lo pregunte —observó Brown—, y lo haré: ¿Quiere hablarme de Tull?

El pistolero se sorprendió al descubrir que esta vez las palabras sí aparecían. Comenzó a hablar en ráfagas entre-cortadas que poco a poco se convirtieron en un fluido relato ligeramente desprovisto de inflexiones. Se sintió extrañamente excitado. Habló hasta bien entrada la noche. Brown no lo interrumpió para nada. Y tampoco el pájaro.

## CINCO

Compró la mula en Pricetown, y cuando llegó a Tull aún estaba fresca. El sol se había puesto una hora antes, pero el pistolero siguió viajando, orientándose primero por el resplandor del pueblo en el firmamento, luego por las notas asombrosamente nítidas de un piano de taberna en el que

alguien tocaba «Hey Jude». La carretera iba ensanchándose a medida que convergían en ella otros caminos. Por aquí y por allí se alzaban las luces de chispa, todas muertas.

Los bosques habían desaparecido mucho antes, sustituidos por la monótona planicie: interminables campos desolados invadidos de fleo y matorrales, cabañas, espectrales fincas desiertas vigiladas por tristes y lóbregas mansiones en las que innegablemente vagaban los demonios; míseras chabolas desiertas, cuyos habitantes se habían marchado o bien voluntariamente o bien a la fuerza, y la casucha de algún morador ocasional, delatada únicamente por un punto de luz parpadeante en las tinieblas o por los hoscos y aislados clanes familiares que laboreaban los campos durante el día. El principal cultivo era el maíz pero también había alubias y unas pocas bayas de calalú. De vez en cuando una vaca huesuda lo miraba estúpidamente entre descortezados postes de aliso. Cuatro veces se cruzó con diligencias, dos de ida y dos de vuelta, casi vacías cuando venían por detrás y los adelantaban a él y a la mula, y más llenas cuando regresaban hacia los bosques del norte. De vez en cuando pasaba un granjero con los pies apoyados en el

pescante de su biga, evitando cuidadosamente no mirar al hombre de las pistolas. Era una región horrible. Desde su salida de Pricetown habían caído un par de chubascos, como a regañadientes en ambas ocasiones. Incluso el fleo parecía amarillento y desalentado. Una región para olvidar. No había hallado ninguna huella del hombre de negro. Quizá hubiera tomado una diligencia.

La carretera describía una curva y, tras doblarla, el pistolero chascó la lengua para que se detuviera la mula y contempló Tull desde lo alto. El pueblo yacía en el fondo de una depresión circular en forma de plato, una gema falsa

en un engaste barato. Había unas cuantas luces, casi todas apiñadas junto al lugar de la música. Parecía haber cuatro calles, tres de las cuales cortaban perpendicularmente la ruta de las diligencias, que era también la principal avenida del pueblo. Quizá hubiera un restaurante. Lo dudaba, pero era posible. Chascó la lengua a la mula.

Ahora eran más numerosas las casas que bordeaban la carretera esporádicamente, la mayoría aún deshabitadas. Pasó ante un exiguo cementerio con mohosas y torcidas lápidas de madera, rodeadas y casi cubiertas por la exuberante hierba del diablo. A unos ciento cincuenta metros encontró un deteriorado letrero que rezaba: TULL.

La pintura estaba gastada hasta el punto de resultar casi ilegible. Un poco más lejos había otro letrero, pero el pistolero fue incapaz de leer en él nada en absoluto.

Una algarabía de voces medio beodas acompañaba los últimos compases de «Hey Jude» —Naa-naa-naa naa- nana-na... hey, Jude...— cuando por fin entró en la población. Era un sonido muerto, como el del viento en el hueco de un árbol podrido. Solo el prosaico fragor del piano de taberna le impidió considerar seriamente la posibilidad de que el hombre de negro hubiera conjurado fantasmas para poblar una aldea abandonada. Esta idea le hizo esbozar una sonrisa.

En las calles se cruzó con unas cuantas personas; no muchas, pero unas cuantas. Tres señoras ataviadas con faldas negras e idénticas blusas de cuello amplio pasaron por la acera opuesta, sin mirarlo con abierta curiosidad. Los rostros parecían nadar sobre cuerpos, todo menos invisibles, como enormes y pálidas pelotas con ojos. Un anciano solemne con un sombrero de paja firmemente encasquetado contempló al pistolero desde los peldaños de una tienda de comestibles clausurada. Un sastre larguirucho con un cliente

de última hora hizo una pausa en su trabajo para verlo pasar; a fin de observar mejor, alzó la lámpara ante la ventana. El pistolero lo saludó con una inclinación de cabeza. Ni el sastre ni su cliente devolvieron el saludo. Ambos tenían la mirada fija en las bajas pistolas que reposaban sobre sus caderas. Un adolescente, de unos trece años tal vez, cruzó la calle en la siguiente intersección con una chica que podría ser su mana o su jilly, e hizo una pausa casi imperceptible. Sus pisadas levantaban remolonas nubecillas de polvo. Aquí en el pueblo, algunas de las farolas funcionaban, pero no eran eléctricas; los cristales estaban sucios de petróleo congelado y la mayoría estaban destrozadas. Había una caballeriza, cuya supervivencia dependía seguramente de la línea de diligencias. Tres muchachos agazapados en torno a un anillo de jugar a canicas dibujado en el polvo junto a las abiertas fauces del establo fumaban cigarrillos de hollejos de maíz. Las sombras que proyectaban en el patio eran muy alargadas. Uno tenía la cola de

un escorpión bajo la cinta del sombrero. Otro, un hinchado ojo izquierdo abultándole ciegamente de la cuenca.

El pistolero pasó ante ellos sin detenerse, conduciendo su mula, y atisbó hacia el lóbrego interior del establo. Un candil brillaba con luz tenue y una sombra saltaba y se agitaba mientras un anciano enflaquecido con un pantalón de peto trasladaba un montón de heno de fleo al henil con grandes y esforzados golpes de horca.

—¡Ey! —gritó el pistolero.

La horca vaciló y el mozo de cuadra se volvió con expresión colérica.

—¡Ey, usted!

—Aquí tengo una mula.

—Mejor para usted.

El pistolero arrojó una pesada moneda de oro, acorrido nada de forma irregular hacia la penumbra. El metal resonó sobre los viejos tablones, sucios de paja desmenuzada, y quedó brillando en el suelo.

El mozo de cuadra se acercó, se agachó, la recogió y contempló al pistolero con los párpados entornados. Luego bajó la vista hacia sus cananas y asintió adustamente.

—¿Cuánto tiempo quiere dejarla?

—Una o dos noches. Quizá más.

—No tengo cambio para una moneda de oro.

—Ni yo se lo pido.

—Dinero violento —masculló el mozo.

—¿Cómo dijo?

—Nada. —El mozo de cuadra asió el roncal de la mula y la condujo al interior.

—¡Almohácela! —gritó el pistolero—. ¡Y atendedme, espero que huela bien cuando vuelva a buscarla!

El viejo no se dio la vuelta. El pistolero se dirigió hacia los muchachos acuclillados ante sus canicas. Los tres habían seguido la conversación con desdeñoso interés.

—Largos días y gratas noches —saludó el pistolero amigablemente.

No hubo respuesta.

—¿Vivís en el pueblo?

No hubo respuesta, a menos que la cola del escorpión emitiera una: pareció asentir.

Uno de los muchachos se quitó de la boca un retorcido hollejo de maíz, cogió una canica de vidrio verde y la lanzó hacia el círculo de tierra. Acertó a la de un contrario, que salió proyectada al exterior. Recogió la bolita de vidrio verde y se dispuso a tirar de nuevo.

—¿Hay algún restaurante en este pueblo? —inquirió el pistolero.

Uno de los chicos, el más joven, levantó la cabeza. Te

nía un enorme sabañón junto a la comisura de los labios, pero sus ojos todavía tenían el mismo tamaño, desbordantes de una inocencia que no duraría mucho más en aquel agujero de mierda. Contempló al pistolero con una admiración disimulada que resultaba a la vez conmovedora y alarmante.

—Puede que en el bar de Sheb le hagan una hamburguesa.

—¿Donde el piano?

El muchacho asintió.

—Ea.

Los ojos de sus compañeros de juego se habían vuelto fríos y hostiles. Probablemente pagaría por haber hablado con amabilidad.

El pistolero se tocó el ala del sombrero.

—Muchas gracias. Me alegra comprobar que en este pueblo hay alguien lo suficientemente inteligente como para saber hablar.

Echó a andar, subió a la acera de tablas y se encaminó hacia el bar de Sheb, oyendo a sus espaldas la clara y despectiva voz de otro de los muchachos, poco más que un chillido infantil:

—¡Mascahierba! ¿Cuánto hace que te tiras a tu hermana, Charlie? ¡Eres un mascahierba!

Luego se produjo el sonido de un golpe y un llanto.

Ante la puerta del bar había tres refulgentes lámparas de queroseno, una a cada lado y otra suspendida sobre las mal encajadas puertas de vaivén. El coro de «Hey Jude» había terminado ya, y en el piano tintineaba alguna otra balada antigua. Las voces murmuraban como hilos rotos. El pistolero se detuvo unos instantes bajo el dintel, contemplando el interior. Serrín en el suelo, escupideras junto a las mesas de patas torcidas. Una barra de tablones sostenidos por caballetes de madera. Detrás, un mugriento espejo donde se

reflejaba el pianista, sentado en el inevitable taburete. La parte delantera del piano había sido desmontada de tal forma que se veían subir y bajar los martillos de madera a cada pulsación de las teclas. La camarera que atendía la barra era una mujer de cabello pajizo enfundada en un sucio vestido azul. Uno de los tirantes se aguantaba con un imperdible. Al fondo de la sala había seis ciudadanos que bebían y jugaban apáticamente a «Miradme». Otra media docena formaba un grupito disperso alrededor del piano. Cuatro o cinco en la barra. Y un anciano de pelo gris derrumbado sobre una mesa junto a las puertas. El pistolero entró.

Las cabezas se giraron para examinarlo, a él y a sus pistolas. Hubo un momento de casi completo silencio, salvo por el retintín de la música que el pianista seguía interpretando, ajeno a todo. Entonces, la mujer pasó un paño sobre la barra y las cosas volvieron a la normalidad.

—Miradme —dijo uno de los jugadores del rincón, al tiempo que emparejaba tres corazones con cuatro picas y se quedaba sin naipes en la mano. El de los corazones blasfemó, pagó su apuesta, y comenzaron a repartir la siguiente mano.

El pistolero se acercó a la barra.

—¿Tiene carne? —preguntó.

—Desde luego. —La mujer lo miró a los ojos, y quizá hubiera sido bonita cuando empezó, pero el mundo se había movido desde entonces. Ahora su rostro estaba lleno de bultos, y una lívida cicatriz retorcida le cruzaba la frente. Había aplicado sobre ella una abundante capa de polvos, pero más que disimularla lo que hacía era resaltarla—. Carne de linaje, de buena calidad. Pero es cara.

Carne de linaje, los cojones, pensó el pistolero. Lo que tienes en la despensa proviene

de algo con tres ojos, seis patas, o ambas cosas; eso es lo que creo, señora sai.

—Quiero tres hamburguesas y una cerveza, si a bien tiene.

De nuevo aquel sutil cambio de tono. Tres hamburguesas. Las bocas se hacían agua y las lenguas se relamían de gula lentamente. Tres hamburguesas. ¿Alguno de los que estaban allí habría visto comer tres hamburguesas juntas?

—Eso le costará cinco dolas. ¿Tiene dolas?

—¿Dólares?

La mujer asintió, así que probablemente quiso decir dólares. Al menos eso creyó él.

—¿Con la cerveza incluida? —preguntó, sonriendo un poco—. ¿O la cerveza es gratis? Ella no correspondió la sonrisa.

—Se la daré, pero una vez que haya visto el color de su dinero.

El pistolero puso una pieza de oro sobre la barra y muchas miradas la siguieron.

Tras la barra, a la izquierda del espejo, había un brasero de carbón lleno de rescoldos que humeaban perezosamente sin llama. La mujer desapareció hacia un cuartito que había detrás y regresó con carne picada sobre una hoja de papel. Amasó tres círculos y los colocó sobre las brasas. Emanaban un olor exasperante. El pistolero esperó con imperturbable indiferencia, apenas consciente de las vacilaciones del piano, la demora en la partida de cartas, las miradas de soslayo de los habituales de la barra.

El hombre que iba hacia él estaba ya a mitad de camino cuando el pistolero lo vio reflejado en el espejo. Era un hombre casi completamente calvo, y su mano estaba cerrada sobre el mango de un gigantesco cuchillo de caza, asegurado en su cinturón como una funda.

—Vuelva a sentarse —dijo el pistolero—. Hágase un favor, capullo.

El hombre se detuvo. Su labio superior se contrajo involuntariamente como el de un perro, y hubo un momento de silencio. Luego, el hombre regresó a su mesa y la atmósfera volvió de nuevo a la normalidad.

La cerveza llegó en un enorme vaso agrietado.

—No tengo cambio para el oro —anunció la mujer con aire truculento.

—Tampoco lo esperaba.

Ella asintió con irritación, como si aquella ostentación de riqueza, aunque fuera en su beneficio, le resultara ofensiva. Pero se guardó el oro y, al cabo de unos instantes, le sirvió las hamburguesas en una plancha humeante con los bordes todavía al rojo.

—¿Tiene sal?

Se la sirvió en una pequeña vasija que sacó de debajo de la barra.

—¿Pan?

—No hay pan. —Él comprendió que le mentía, pero no quiso insistir. El hombre calvo le miraba con ojos cianóticos, abriendo y cerrando los puños sobre la astillada superficie de la mesa. Las aletas de su nariz se ensanchaban con palpitante regularidad, olfateando el aroma de la carne. Al menos eso era gratis.

El pistolero empezó a comer tranquilamente, casi con languidez, cortando trozos de carne con el borde del tenedor y llevándoselos a la boca mientras trataba de no pensar en el aspecto que debió de haber tenido la vaca de donde procedía. Carne de linaje, había dicho ella. ¡Por supuesto! Y los cerdos podían bailar el commala a la luz de la

Luna del Buhonero.

Casi había terminado y se disponía ya a pedir otra cerveza y a liar un cigarrillo, cuando la mano se posó en su hombro.

De pronto el pistolero advirtió que la sala estaba de nuevo en silencio, y saboreó la densa tensión del aire. Volvió la cabeza y descubrió el rostro del hombre que a su llegada estaba durmiendo junto a la puerta. Era un rostro espantoso. El olor de la hierba del diablo era como un miasma pútrido. Los ojos eran abominables, con la feroz e intensa mirada de los ojos que ven pero no ven, vueltos para siempre hacia el interior, hacia el estéril infierno de unos sueños sin control, sueños desencadenados, surgidos de las hediondas ciénagas del inconsciente.

La mujer de la barra profirió un gritito quejumbroso.

Los agrietados labios se torcieron y se separaron, dejando al descubierto unos verdes y musgosos dientes, y el pistolero pensó: Ya ni siquiera la fuma. La masca. Realmente la masca.

E inmediatamente después: Está muerto. Debería haber muerto hace al menos un año.

E inmediatamente después: El hombre de negro hizo esto.

Sus miradas se encontraron: la del pistolero y la del hombre que había bordeado los límites de la locura.

El hombre habló y el pistolero, desconcertado, le oyó interpellarlo en la Alta Lengua de Gilead:

—El oro, por favor, pistolero sai. ¿Una sola pieza? Como un regalo.

La Alta Lengua. Por un instante, su mente se negó a interpretarla. Habían pasado años —¡Dios!—, siglos, milenios; ya no existía la Alta Lengua, él era el último, el último pistolero. Los demás habían...

Estupefacto, hurgó en el bolsillo de la pechera y extrajo una moneda de oro. La deforme zarpa del hombre se cerró sobre ella, la acarició, la sostuvo en alto para que refulgiera con el grasiento resplandor del queroseno. El oro despedía su propio brillo, orgulloso y civilizado; dorado, rojizo, sangriento...

—Ahhhh... —Un inarticulado ruido de placer. El viejo se tambaleó para dar media vuelta y echó a andar hacia su mesa sosteniendo la moneda a la altura de los ojos, volteándola entre los dedos, arrancándole destellos.

La sala comenzó a vaciarse rápidamente, y las puertas de vaivén oscilaban frenéticamente de un lado a otro. El pianista cerró con un golpe la tapa del instrumento y salió en pos de los demás a grandes zancadas de opereta.

—¡Sheb! —gritó la mujer a sus espaldas, con una extraña mezcla de miedo y astucia en la voz—. ¡Vuelve aquí, Sheb! ¡Maldita sea!

¿El pistolero había escuchado antes ese nombre? Creía que sí, pero no había tiempo ahora para reflexionar sobre eso, como así tampoco para intentar recordarlo.

El viejo, entretanto, llegó a su mesa e hizo girar la moneda sobre la maltratada madera como si se tratara de una peonza, mientras sus ojos muertos en vida le seguían con vacua fascinación. Por segunda vez la hizo girar, y por tercera, y sus párpados se entrecerraron. La cuarta vez apoyó la cabeza en la mesa antes de que la moneda se detuviera.

—Ya está —dijo la enfurecida mujer, suavemente—. Ya me ha dejado sin clientela.  
¿Está satisfecho?

—Volverán —respondió el pistolero.

—No, esta noche ya no volverán.

—¿Quién es ese? —hizo un ademán hacia el mascahierba.

—Vaya al diablo. Sai.

—Debo saberlo —intentó explicar el pistolero con paciencia—. Él...

—Le ha hablado de una forma extraña —le interrumpió la mujer—. Nort no había hablado así en toda su vida.

—Estoy buscando a un hombre. Podría conocerlo.

La mujer se lo quedó mirando, apaciguada su ira. Esta

fue sustituida por el cálculo y luego por un vívido brillo húmedo que él ya había visto antes. El desvencijado edificio latía pensativamente para sí mismo. A lo lejos, un perro lanzó un ladrido ronco. El pistolero esperaba. Ella vio que lo sabía y el brillo fue reemplazado por la desesperanza, por una muda necesidad inefable.

—Sospecho que ya conoce mi precio —dijo—. Tengo una comezón que suelo quitarme sola, pero ahora no puedo hacerlo.

Él la contempló con detenimiento. A oscuras, la cicatriz no se veía. Su cuerpo era bastante enjuto, de modo que el desierto, el esfuerzo y el abatimiento no habían logrado aflojar sus formas. Y en otro tiempo había sido guapa, quizá incluso hermosa. Tampoco tenía demasiada importancia. No la habría tenido aunque los escarabajos de las tumbas hubieran anidado en la árida negrura de su matriz. Todo estaba escrito de antemano. En algún lugar, una mano lo había escrito en el libro del ka.

La mujer se llevó las manos al rostro. Todavía quedaba algo de jugo en ella; el suficiente para llorar.

—¡No me mire! ¡No quiero que me mire con tanta dureza!

—Lo siento —se disculpó el pistolero—. No pretendía mostrarme duro.

—¡Ninguno de ustedes lo pretende! —sollozó.

—Apague las luces y cierre.

Siguió llorando con las manos en la cara. Al pistolero le complació que se cubriera la cara. No por la cicatriz, sino porque aquello le devolvía la juventud, si bien no la doncellez. El imperdible que sujetaba el tirante del vestido brilló a la mortecina luz.

—¿Cree que el viejo pueda robarle algo? Lo echaré si lo intenta.

—No —susurró ella—. Nort no es un ladrón.

—Pues apague las luces.

No apartó las manos del rostro hasta que se halló de espaldas a él y comenzó a apagar los quinqués uno por uno, bajando las mechas y soplando luego para extinguir la llama. Luego tomó la mano del pistolero y la encontró caliente. Lo condujo escaleras arriba. Ninguna luz hubiera ocultado sus actos.

SEIS

Lió un par de cigarrillos en la oscuridad, los encendió y le pasó uno a ella. La habitación conservaba el patético perfume a lilas frescas de ella. El olor del desierto lo cubría y lo desfiguraba. El pistolero se dio cuenta de que temía al desierto que se extendía ante él.



—Se llama Nort —comenzó ella. Su voz no había perdido ninguna aspereza—. Solo Nort. Murió.

El pistolero esperó.

—Fue tocado por Dios.

—Nunca he visto a Dios —contestó el pistolero.

—Ha estado siempre aquí hasta donde alcanza mi memoria. Nort, quiero decir, no Dios.

—Se rió en la oscuridad con una risa mellada—. Hubo un tiempo en que tenía un carro de panales. Empezó a beber. Empezó a olfatear la hierba. Luego a fumársela. Los niños comenzaron a seguirlo por todas partes y le azuzaban los perros. Llevaba unos pantalones verdes viejos y apestosos. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Empezó a mascarla. Acabó quedándose todo el día sentado ahí, sin comer nada. Quizá imaginaba ser un rey. Y que los niños eran sus bufones y los perros, sus príncipes.

Título original: *The Dark Tower I. The Gunslinger*

Publicado originalmente en una edición limitada por Donald M. Grant, editor, Inc., Hampton

Falls, New Hampshire.

Primera edición: julio, 2007

© 1982, 2003, Stephen King

Publicado por acuerdo con el autor, representado por Ralph M. Vicinanza, Ltd.

© 2007, de la presente edición para España y América Latina: Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 1992, Jorge Luis Mustieles, por la traducción

© 2007, Fabio Andrés Ferreras, por la traducción de la introducción y el prólogo

© 1982, Michael Whelan, por las ilustraciones

Revisión de la presente edición ampliada: Fabio Andrés Ferreras

Agradecemos la colaboración de J. Óscar H. Sendín y Javier Martos, moderadores de la web

[www.ka-tet-corp.com](http://www.ka-tet-corp.com), dedicada exclusivamente a Stephen King.

*The Gunslinger*, copyright 1978 de Mercury Press, Inc., para *The Magazine of Fantasy and Science*

*Fiction*, octubre de 1978.

*The Way Station*, copyright 1980 de Mercury Press, Inc., para *The Magazine of Fantasy and Science*

*Fiction*, abril de 1980.

*The Oracle and the Mountains*, copyright 1981 de Mercury Press, Inc., para *The Magazine of*

*Fantasy and Science Fiction*, febrero de 1981.

*The Slow Mutants*, copyright 1981 de Mercury Press, Inc., para *The Magazine of Fantasy and*

*Science Fiction*, julio de 1981.

The Gunslinger and the Dark Man, copyright 1981 de Mercury Press, Inc., para The Magazine

of Fantasy and Science Fiction, noviembre 1981.

El editor agradece el permiso concedido para reproducir el extracto de Look Homeward, Angel

de Thomas Wolfe. Copyright © 1929 de Charles Scribner's Sons; © 1957 de Edward C. Ashwell,

administrador de C. T. A., y/o Fred W. Wolfe. Reimpreso con autorización de Scribner, sello de

Simon & Schuster Adult Publishing Group.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente

previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de

cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.